

» el sacerdocio haya sido una institucion puramente humana. Pues
» aun ántes de la ley hubo hombres extraordinarios, llenos de
» espíritu profético, y preciso es creer que estos hombres, no
» por haber establecido como una ley privada un culto determi-
» nado de Dios, dejaron de establecerlo en virtud de un ins-
» tinto divino (una revelacion). Hé ahí por qué esta manera de
» honrar á Dios se hallaba al propio tiempo en perfecta armonía
» con el culto interior (con la fe del corazon), y servia admirable-
» mente para significar los misterios de Cristo, aunque estos mis-
» terios estuviesen tambien figurados por otros hechos de su
» vida (1).» Así, pues, segun la opinion de todos los padres de
la Iglesia, fundada en la autoridad de la Escritura, y particular-
mente de san Pablo, el misterio de la Encarnacion del Verbo pro-
dujo, como dice san Leon respecto de los justos del Antiguo Tes-
tamento que le creian como un hecho que debia cumplirse en el
porvenir, los mismos efectos que produce ahora respecto de los
justos del Nuevo Testamento, que creen este mismo misterio ya
cumplido en el pasado: *Verbi Incarnatio hoc contulit faciendæ,
quod factæ.* Una sola y una misma fe (porque los misterios que
son objeto de ella, vaticinados por los profetas ó predicados por los
Apóstoles, son los mismos) ha reunido á Jesucristo y santificado á
los justos de todos tiempos y de todos lugares: *Quod prædica-
runt apostoli, annuntiaverunt prophetæ Una fides justificat uni-
versorum temporum Sanctos.* De manera que no se puede decir
que la Encarnacion llegó demasiado tarde, puesto que, habiendo

(1) «Quia ante legem fuerunt quidam viri præcipui prophetico spiritu pol-
lentes, credendum est quod ex instinctu divino, quasi est quadam privata
lege, moverentur ad aliquem certum modum colendi Deum, qui et conve-
niens esset interiori cultui et etiam conduceret ad significandum Christi
mysteria quæ figurabantur etiam per alia eorum gesta.» (*Ibid.*)

sido siempre creida, siempre ha sido eficaz: *Nec sero est im-
pletum, quod semper est creditum.*

Este grande é importante misterio de la perpetuidad de la reli-
gion cristiana, siempre una y siempre la misma, en los tiempos
que precedieron y en los que siguieron á la venida del Mesias; este
misterio delicioso y consolador de todos los justos del tiempo anti-
guo y del tiempo nuevo, reunidos siempre en la confesion de la
misma fe, en el mismo Mediador divino, que es Jesucristo, como
centro único de la salvacion del universo; este misterio, repeti-
mos, es el que nos ha sido representado de una manera sensible
en la narracion de la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusa-
len. Porque el evangelista san Márcos observa que la multitud
que tomó parte en este triunfo del Hijo de Dios hecho hombre
se hallaba dividida en dos pueblos, uno de los cuales precedia y
otro seguia al Señor, y que estos dos pueblos, ó mejor dicho, estas
dos porciones del mismo pueblo, distintas solamente por el lugar
que ocupaban, pero unidas por el corazon y animados de igual entu-
siasmo de fe y de amor, cantaban el mismo cántico HOSANNA: *Et
qui præibant et qui sequebantur, clamabant, dicentes HOSAN-
NA* (*Marc., XI, 9*). Ahora bien, la multitud que, en aquella
circunstancia, precedia al Señor, significaba, dice san Gerónimo
citando á Orígenes, los justos de la antigua alianza; la multitud
que seguia indicaba los justos de la alianza nueva; y aunque los
unos habian precedido y los otros seguido al nacimiento de Cristo
y á la predicacion del Evangelio, sin embargo, unos y otros cre-
yeron en Él con la misma fe, esperaron en Él con la misma espe-
ranza, le amaron con el mismo amor, y le confesaron y procla-
maron igualmente como único y verdadero Salvador del mundo.
Turbæ quæ præcedunt et quæ sequuntur, utrumque populum

ostendunt eorum qui ante et post Evangelium Domini crediderunt, et consona Jesum confessionis voce laudarunt. (Comment. in Matth.)

La verdadera religion, pues, siempre una y siempre la misma, data del origen del mundo, nació con el mundo, es tan antigua como el mundo.

Luego la fe explicita del misterio de la Encarnacion no es posible, dice santo Tomás, sin la fe del misterio de la Trinidad: porque el misterio de la Encarnacion no es otra cosa que el misterio del *Hijo* de Dios, que, concebido por el Espíritu Santo, tomó la carne del hombre, y que, por la gracia de este mismo Espíritu Santo, ha renovado el mundo; esto es: el misterio de la Encarnacion supone á Dios uno en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y conociéndose y explicándose estos dos misterios uno por uno, se deben creer los dos con la misma fe. Así, pues, si el misterio de la Encarnacion fué ántes de la venida de Cristo conocido y creído explicitamente por los hombres privilegiados (*mayores*), é implícitamente y bajo un velo por el resto de los hombres, otro tanto sucedió absolutamente con el misterio de la Trinidad (1) en el origen del mundo. Estos misterios se hallaban contenidos en la fe de los mayores, al paso que, desde la venida de Cristo, se encuentran en la fe de todo el mundo, puesto que Jesucristo y sus Apóstoles á todo el mundo lo manifestaron (2).

(1) «Mysterium Incarnationis Christi explicitè credi non potest sine fide Trinitatis quia in mysterio Incarnationis Christi hoc continetur quod Filius Dei carnem assumpserit, quod per gratiam Spiritus Sancti mundum renoverit et iterum quod de Spiritu Sancto conceptus fuerit. Et ideo eodem modo quo mysterium Incarnationis Christi, ante Christum fuit explicitè creditum a majoribus, implicite autem et quasi obumbrate a minoribus; ita etiam et mysterium Trinitatis.» (2.^a 2.^o, Q. 2, Art. 8.)

(2) «Ante Christi adventum, fides Trinitatis erat occulta in fide majo-

Mas no por esto eran ménos claramente conocidos y creídos con una fe explicita por un reducido número de hombres, que lo son al presente por todos los cristianos, y el Cristianismo es tan antiguo en el mundo como el mundo mismo.

«Así, pues, continúa santo Tomás, despues del pecado, el misterio de la Encarnacion fué conocido y creído con fe explicita por los primeros hombres, no sólo como el misterio de la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana, sino tambien como el misterio de la pasion, de la muerte y de la resurreccion, por el cual debia el Hijo de Dios libertar al género humano del pecado y de la muerte eterna. La prueba sin réplica de la existencia de esta fe en la humanidad entera, está en los sacrificios que, principiando por Abel, así ántes de la ley de Moisés como durante esta ley, los hombres han ofrecido siempre y en todas partes, y con los cuales figuraban de antemano el gran sacrificio de Jesucristo. Porque estos sacrificios no eran evidentemente otra cosa que figuras de la Pasion del Señor. ¿Cómo, pues, los hombres hubieran ofrecido dichos sacrificios figurativos, proféticos de esta Pasion, si no hubiesen conocido el misterio de ellos? Solo que su significacion completa y perfecta era patrimonio solamente de los jefes, de los patriarcas, de los profetas; en cuanto al pueblo, no tenia más que un conocimiento oscuro de ellos: sabia únicamente que estos sacrificios habian sido ordenados por el mismo Dios, y se referian al Mesías que debia venir. De este modo tenia tambien el pueblo la fe implícita en la virtud de la redencion futura (1).»

rum; sed per Christum manifestata est mundo per apostolos.» (2.^a 2.^o, Q. 2, Art. 8.)

(1) «Post peccatum autem fuit explicitè creditum mysterium Incarnatio-

Pero despues de la gran revelacion de la gracia del Evangelio, no solo los jefes, los sacerdotes, los pontífices y los doctores, sino tambien las gentes del pueblo debian tener tambien la fe esplicita de los misterios de Jesucristo, al ménos en lo que respecta á los que son comunmente solemnizados en la Iglesia y propuestos como artículos de fe á la creencia de todo el mundo. Por lo que hace á ciertas consideraciones científicas y sutiles relativas á los mismos artículos, la fe más ó ménos esplicita sólo se exige á ciertas personas, segun el estado y la dignidad que ocupan en la Iglesia (1).

En cuanto á las historias figurativas que hemos referido, es preciso, para comprender su valor, recordar la doctrina católica sobre los diferentes sentidos de la *Biblia*. Entre ellos, los principales son el *literal* y el *alegórico*, esto es, profético y misterioso. Los origenistas, seguidos por muchos doctores protestantes de nuestros dias, han negado el primero de los dos sentidos citados. Los maniqueos, los incrédulos y los materialistas de los últimos tiempos han negado el segundo. Segun aquellos, las historias de

»nis Christi, non solum quantum ad Incarnationem, sed etiam quantum ad
»passionem et resurrectionem quibus humanum genus a peccato et morte
»liberaretur. Aliter autem non præfigurassent Christi passionem quibusdam
»sacrificiis et ante legem et sub lege quorum quidem sacrificiorum signi-
»ficationem explicite majores cognoscebant, minores autem sub velami-
»ne illorum sacrificiorum credentes ea divinitus esse disposita, de Christo
»venturo quodammodo habebant velatam cognitionem.» (2.^a 2.^o, Q. 2,
Art. 7.)

(1) «Post tempus autem gratiæ revelatæ, tam majores quam minores tenentur habere fidem explicitam de mysteriis Christi; præcipue quantum ad ea quæ communiter in Ecclesia solemnizantur et publica proponuntur sicut sunt articuli Incarnationis de quibus supra dictum est. Alias autem subtiles consideraciones circa Incarnationis articulos tenentur aliqui magis vel minus explicite credere, secundum quod convenit statui et officio uniuscujusque.» (2.^a 2.^o, Q. 2, art. 7.)

la *Biblia* nada tienen de histórico: son poesías ó una coleccion de mitos, de fábulas, de alegorías y de parábolas inspiradas por el Espíritu Santo para figurar y predecir grandes y profundos misterios. Segun éstos, al contrario, las mismas historias no tienen nada misterioso ni profético, ni son más que prosa, sazónada con exageraciones de la imaginacion oriental, formando únicamente la historia de un pueblo como se las han creado todos los pueblos en interés de su vanidad. Así, pues, la escuela de Orígenes quita á la *Biblia* toda su base, toda su realidad humana, y la convierte en un libro enteramente divino; la escuela de Moisés la rehusa toda inspiracion, todo pensamiento divino, y la reduce á los estrechos límites de un libro puramente humano.

La verdad respecto de la parte histórica de la *Biblia*, tiene su justo medio entre estas dos opiniones extremas, entre estos dos graves errores, que, por dos vias diferentes, tienden á destruir la autoridad de los LIBROS SANTOS.

Tal es tambien el carácter particular de la *Biblia*, palabra griega que significa EL LIBRO ó *el libro por excelencia, el libro único*, y que sólo conviene á la ESCRITURA. Porque mientras en los demás libros, si los hechos son históricos nada tienen alegórico ni misterioso, y si no son alegorías y parábolas nada tienen de histórico, la *Biblia* es el *único libro* en el cual los hechos que allí se refieren son al propio tiempo históricamente verdaderos y misteriosamente proféticos, y en el cual ni la verdad histórica impide al hecho representar y predecir un gran misterio, ni el misterio que el hecho representa ó produce altera en nada la verdad histórica que es su fundamento y su base. Este es el único LIBRO *teándrico* ó *humano-divino*, como Jesucristo, que es el fin y el objeto de él, *finis legis Christus*, es un personaje

teádrico ú HOMBRE-DIOS; es el único LIBRO en el cual la realidad de la accion humana no destruye por la intervencion de arriba la inspiracion divina, y la intervencion de arriba y la inspiracion divina realzan la importancia de la narracion humana y le dan un interés religioso y dogmático.

Todo lo que se refiere en este Libro acerca de la vida de los antiguos patriarcas, de los prodigios de Moisés y de los profetas, del origen y vicisitudes del pueblo hebreo y del trono de Judá, es la pura y exacta verdad histórica. Pero como estos hechos han sido inspirados, ó dispuestos, ó permitidos con un designio particular de la Providencia para que en la historia del pasado se vea trazada la del porvenir; en su realidad histórica, estos hechos son tambien verdaderas profecías, á cuyo propósito dice san Agustin, que si se toman solamente en la materialidad del sentido literal, son poco ó nada edificantes: *Si hoc tantum volumus intelligere, quod sonat littera, parvam aut nullam de divinis lectionibus capiemus utilitatem.* Ese Libro es, añade el mismo Padre, una narracion particular, cada palabra de la cual encierra un misterio, y el todo contiene un sentido profético bajo el velo de la alegoría: *Quæ ibi facta atque conscripta sunt gravidata sensibus et velata tegminibus (De civitat. Dei, X, 2).* El más grande de los intérpretes modernos ha dicho que esta narracion no se encuentra en los libros santos á causa de sus circunstancias históricas, sino más bien á causa del gran misterio de que es figura y profecía; pues es evidente, por todo el contesto que en esta narracion domina el sentido misterioso y profético al sentido literal, y que el primero de los dos sentidos es el que el Espíritu Santo tuvo presente al inspirar al escritor sagrado que perpetuase su memoria en la Escritura: *Sensus ille amicus litterali hic præ-*

valet, magisque quam litteralis fuit a Spiritu sancto intentus (A. Lapide, in IX Génes.).

Nunca se repetirá demasiado lo que dicen unánimamente los Padres de la Iglesia y san Agustin en particular.

El pueblo judío fué un pueblo profético, su reinado fué tambien un reinado profético, y la vida de los patriarcas una serie de profecías: *Prophetica gens, propheticum regnum; etiam patriarcharum vita prophetica fuit.* Así, pues, todo lo que leemos de la vida de los antiguos patriarcas, del origen, de los prodigios de Moisés y de los profetas, de las vicisitudes del pueblo hebreo y del trono de Israel, ha sucedido real y verdaderamente como está dicho; pero todo esto ha sido inspirado ó dispuesto ó permitido con un designio particular de la Providencia, con el fin de que, en la historia verdadera del pasado, se vea la prediccion del porvenir; por consiguiente, estos tres hechos, en su realidad histórica, son verdaderas profecías. Porque Dios no se contentó con que vaticinasen los profetas propiamente tales los misterios de Jesucristo y de la Iglesia, sino que quiso que los vaticinaran y pusiesen en accion los hechos de los patriarcas, á cuyo propósito dice san Agustin: «Despues de anunciarnos que Noé plantó la viña, la Escritura añade: Y, BEBIENDO EL VINO, SE EMBRIAGÓ Y SE DURMIÓ DESNUDO EN SU TABERNÁCULO: *Bibensque vinum, inebriatus est, et nudus jacuit in tabernaculo suo (Genes., IX).* Guardémonos de tomar estas palabras en todo su rigor literal, pues convertiríamos en beodo ó en imbécil al segundo jefe del género humano, de quien la Sagrada Escritura no se cansa de celebrar la elevacion de inteligencia, la pureza de la fé, la grandeza de la santidad, y el celo de la justicia».

Antes de san Agustin, san Pablo, el primero y el más grande

de los intérpretes infalibles de los libros santos, se había espresado en estos términos: «Lo que se dice en la Escritura sucedió á los Israelitas, y sucediéndoles todo esto verdaderamente, fué para figurar lo que nos sucede á nosotros mismos: *Hæc autem in figura facta sunt nostri*» (I *Corinth.*, X). Así, pues, su paso milagroso por el mar Rojo figuró nuestro bautismo; el maná que les llovía del cielo fué el emblema del pan espiritual, del *pan del cielo* de la Eucaristía; la piedra de que Moisés hizo brotar agua en el desierto, el agua que les calmaba su sed, la profecía del agua de gracia que debía brotar de la verdadera piedra angular Jesucristo, y en la cual bebería el pueblo cristiano durante su viaje por el desierto de la vida: *Patres nostri omnes mare transierunt et in Moyse baptizati sunt in nube et in mari. Omnes eandem escam spiritualem manducaverunt; et omnes eundem potum spiritualem biberunt; bibebant autem de spirituali consequente eos petra, petra autem erat Christus* (*Ibid.*).

Nada más auténtico que la historia de las dos mujeres de Abraham, Sara y Agar, y de sus hijos Isaac é Ismael. Despues de cuatro mil años, aun vive su recuerdo en las tradiciones y en las historias de todos los pueblos de Oriente. Sin embargo, el mismo apóstol nos dice que esta historia se refiere en los libros sagrados únicamente para presentar, bajo formas alegóricas, los dos Testamentos, el *Antiguo*, ó el pacto de la servidumbre figurado en la persona de la sierva Agar, y el *Nuevo*, ó el pacto de la libertad simbolizado en la persona libre, Sara, é indicando de léjos la Iglesia, que debía descender del cielo y ser nuestra madre: *Scriptum est quod Abraham habuit duos filios, unum de ancilla, alterum de libera. Hæc sunt per allegoriam dicta: hæc enim sunt duo Testamenta, unum in servitute generans quæ est Agar, illa*

autem quæ sursum est Hierusalem, libera est, quæ est mater nostra (*Galat.*, IV).

Observemos aquí que si otro intérprete que san Pablo se hubiese explicado en tales términos, no se hubiera dejado de decir que traía por los cabellos semejante sentido profético de la narracion de la *Biblia* que nos ocupa. Lo mismo hubiera sucedido si otro intérprete que el Apóstol inspirado hubiese dicho que el primer Adam, inocente aun, fué el tipo, el modelo en pequeño, en miniatura, del gran personaje del Adam segundo, Jesucristo, *Adam primus qui est forma futuri* (*Rom.*), que la voz de la sangre de Abel pidiendo venganza contra su asesino, no ha figurado otra cosa que la voz de la sangre del Salvador del mundo pidiendo misericordia para sus verdugos (*Hebr.*); que los sacrificios y las víctimas de la antigua ley eran símbolos del gran sacrificio y de la augusta Víctima del Mesías, únicos capaces de borrar el pecado. Con mayor razon sucedería lo propio, si otro que el Hijo de Dios mismo hubiese dicho que la serpiente de bronce de Moisés, enroscada á una percha expuesta á la vista del pueblo hebreo curándola de las mordeduras venenosas de las serpientes, y dirigiendo su marcha por el desierto hasta su llegada á la *Tierra de promision*, no era otra cosa que la profecía visible del gran misterio del Hombre-Dios, clavado en la cruz, ofrecido continuamente á las miradas, á la fe del pueblo cristiano, curándole de las heridas de las serpientes infernales, dirigiendo su marcha por el desierto de este mundo y recompensando su fe con la posesion de la verdadera *Tierra de promision*, la salvacion eterna: *Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis, ut omnis qui credit in eum, non pereat sed habeat vitam æternam* (*Joan.*, III, 14). Sin embargo, nada más verdadero ni más

exacto que las interpretaciones de estos pasajes de la *Biblia*, dados por la misma *Biblia*.

Verdad es que sólo se encuentran algunos pasajes del Antiguo Testamento así esplicados en el Nuevo; pero estas esplicaciones en corto número, son más que suficientes, dice san Agustin, para suministrarnos la verdadera inteligencia de toda la *Biblia*. Nos enseñan su sentido literal, histórico, alegórico y profético; nos enseñan que, segun ha dicho Jesucristo de Sí propio, Moisés escribió de Él; que los cinco primeros libros de la *Biblia*, enteramente escritos por Moisés, LA LEY, se refieren á la persona del Mesías, así como tambien los libros de los Profetas propiamente dichos, y de David en particular: *Necesse est impleri omnia que scripta sunt in Lege Moysi et Prophetis et Psalmis de me.* (Luc., XXIV.)

Tales fueron, pues, los conocimientos universales que Adam recibió del mismo Dios, con el poder y el deber de transmitirlos á sus descendientes. ¿Puede la filosofía tradicional tener un origen más antiguo ni más sólido?

TRATADO

DE LOS

PREÁMBULOS DE LA FILOSOFÍA.

INTRODUCCION.

§ 1. Ignorancia de nuestro siglo relativamente á la verdad, á la razon y á la filosofía.—
Lastimosas definiciones de la filosofía, dadas por la escuela cartesiana.

EL que se atreviese á afirmar actualmente *que el siglo diez y nueve (que se considera el siglo por escelencia de la ciencia y de la razon) ni siquiera sabe lo que es la razon, lo que es la ciencia*, el hombre, repetimos, que á eso se atreviese, por más que se expusiera á ser apedreado, no por ello habria dejado de decir una triste, pero pura y exacta verdad.

Consiste esto en que en ciertas épocas, y en ciertas condiciones de la sociedad, sucede muchas veces que las cosas de que más se habla, y que más se ponderan y ensalzan, son precisamente las que ménos se conocen, se comprenden y se poseen. Nuestro siglo se halla en este caso, relativamente á lo que se llama ciencia de la verdad y de la razon, ó filosofía.

En las clases ménos ilustradas, lo mismo que entre los sabios, en los salones como en las escuelas, en las tiendas como en las academias, no se habla de otra cosa que de la razon de la filosofía, y de la filosofía de la razon. Todo el mundo, la mujer, el obrero, el tabernero, el cochero, todo, en una palabra, el que lee á M. Cousin, á M. Proudhon, á M. Simon, á M. Renan, la *Revue des Deux Mondes*, los *Débats*, el *Siècle* y el *Charivari*, se engríe con la libertad y la independencian de su espíritu, y pretende pasar por filósofo racionalista; así como en el siglo último se pre-